

**Lunes, 8 de agosto de 1994 / EL ESPECTADOR / 11-A**



# Coctel de tinto y perico

Detalles de la transmisión de mando, en la Casa de Nariño, y la espera de invitados en la "Varsovia".

WINSTON MANRIQUE SABOGAL  
REDACTOR DE EL ESPECTADOR  
SANTAFÉ DE BOGOTÁ

“Como Gaviria ya no manda, pido un brindis por el país y por Gaviria”, y esas palabras se constituyeron en el primer acto de Ernesto Samper Pizano, como nuevo presidente de la República, cuya primera reacción de los presentes y del mismo ex presidente César Gaviria Trujillo fue de risa, mientras el aroma de la champagne se hacía irresistible.

La petición la hizo minutos después de llegar a la Casa de Nariño, en el Salón Protocolario, y como respuesta al brindis ofrecido por el presidente saliente en honor de su sucesor y para pedir “por que las metas que acaba de prometer en su discurso de posesión se puedan cumplir”.

En el salón estaban todos los ministros y más inmediatos colaboradores del ex presidente Gaviria, a donde llegó Samper diciendo con voz vanidosa “sí ven que soy un buen orador”, y nadie tuvo dudas, entonces, de que gracias al teleprónter puedan revivirse viejas épocas.

Quince minutos después, hacia las 5.30 de la tarde, el helicóptero de la Presidencia

cientes huéspedes, y sobrevoló la ciudad buscando las afueras donde Gustavo Gaviria ofrecía el agasajo final.

Así, mientras ellos volaban, Samper empezaba la vida de presidente. La que inició oficialmente a las 3.45 de la tarde cuando hizo su juramento, al tiempo que en la Casa de Nariño, las dos fuentes de agua que custodian la plaza de armas revivieron por milésima vez.

Siguieron los discursos de rigor, presidente de Senado y presidente de la República, frente a una plaza donde esa tarde las palomas que habitualmente revolotean por el espacio del Libertador estaban reducidas a un rincón, para darles cabida a los 4.000 invitados.

De pronto, en la plaza de armas, alguien dijo: “Ya viene el presidente”, los fotógrafos se acomodaron y los guardias de honor hicieron los últimos retoques al vestuario, cuando en esas Eolo, dios de los vientos, se olvidó del protocolo y levantó y tumbó los siete toldos dispuestos para la primera recepción de la administración Samper-De la Calle, uniéndolo así las dos eras: la del revolcón y la del salto. De inmediato una ligera y jocosa risa surgió de todas partes.

Por fin a las 5.07 los nuevos

huéspedes llegaron, se bajaron del carro y se pararon en la entrada mientras escuchaban el Himno Nacional, interpretado por la banda del Batallón Guardia Presidencial.

Para entonces ya Gaviria, Ana Milena, Simón y María Paz estaban en el pórtico de la Casa, cogidos de la mano, esperando a sus sucesores, quienes, al compás del Himno del Ejército, empezaron a dar los 110 pasos que los separaban de su nueva residencia, sobre un tapete rojo, que en realidad son tres, más largo en el extremo derecho.

Hasta que el recorrido terminó en el abrazo de los Samper y los Gaviria. Luego el brindis iniciado “Como Gaviria ya no manda...”.

Más tarde el kínder y sus compañeros salieron por la puerta de la carrera octava, al tiempo que los colaboradores de Samper entraban al Salón de los Gobelinos para tomar posesión de sus cargos.

Ahora lo que queda de Gaviria en la Casa de Nariño, al menos visible, es su retrato hecho por el maestro Antonio Roda, de trazos largos y cortos pero siempre claros y vivaces, colocado al final de la galería de los ex presidentes.

El agosto de la “Varsovia”

Se trata del mismo corredor contiguo al salón por donde

ingresaron quienes querían saludar al nuevo presidente. Aunque no todos lo hicieron, a pesar de formar una larga y tediosa fila que iba por la séptima y bajaba por la calle sexta.

Claro que no era una fila cualquiera, tanto que para algunos era la primera que hacían en 20 ó 30 años por lo menos, por ser personalidades del país. Allí duraron casi dos horas hasta que a las ocho de la noche cerraron la puerta argumentando, palabras más palabras menos, “nos da pena informarles, y lo sentimos mucho, señores, pero la casa está llena”. Era una orden y no valieron presentaciones de: es que yo soy fulanito, el presidente me está esperando o yo entro y salgo enseguida.

Nada valió, y aunque los primeros quedaron aburridos los últimos no tanto, porque la bola corrió como en el teléfono roto: después de media fila la versión fue que “más tarde nos dejan entrar, es mientras la casa se desocupa”.

Así, industriales, consejeros, amigos, banqueros y políticos guardaron esperanzas de poder estrechar la mano del presidente en su primer día de gobierno. Unos se metieron en sus carros, algunos siguieron haciendo visita y otros se fueron a esperar el llamado a la cafetería de los bajos de las



En la plaza de armas Fidel Castro aceptó posar con los periodistas.

residencias estudiantiles, conocida como Varsovia, a una cuadra de allí.

Pronto la Varsovia empezó a transformarse en lo que nunca nadie se había imaginado: escenario de un coctel a punta de perico, tinto, papas Margarita y galletas La Rosa, donde los invitados eran personas del corte de Luis Fernando Jaramillo, ex canciller y embajador ante las Naciones Unidas; Sonia Durán de Infante, futura consejera presidencial para Bogotá; Eduardo Mestre, senador de la República; Carlos Gustavo de Roux, consejero para Derechos Humanos; Luis Fernando Alarcón ex ministro de Hacienda; Arturo Infante, rector de los Andes; Ernesto Guhl, que estuvo sonando para ministro del Medio Ambiente; y un buen número de alumnos y ex alumnos del Gimnasio Moderno. Eso

sin contar las mujeres emperifolladas que aunque no muy conocidas, seguramente son importantes. Después de eso qué Jockey ni qué Gun, pero lo que no sabían era que todavía faltaban más filas, una ineludible: la del baño, en vista de que sólo había uno. Ante la calidad y peso de la reunión algunos propusieron que “ya que no pudimos entrar a la Casa de Nariño por qué no se viene Samper?”. Hubiera visto, entre otras cosas, a Luis Fernando Jaramillo sirviendo tintos y al rector del Gimnasio Moderno, Gustavo Galofre, sin su G y su M bordadas en el lado izquierdo del blazer.

Pero llegaron las nueve, y nada. Muchos se fueron, otros aguardaron pero la Varsovia sin nadita que ofrecer, a las 7 de agosto